

ner las objeciones de un modo que pueda escandalizar á las personas sencillas; sin embargo se podrán esforzar aquellas si se habla delante de un auditorio escogido y lo exigen las circunstancias. Fuera de este caso se limitará el predicador á explicar las cosas con tanta claridad, que los mismos oyentes hallen la resolucion facil de las objeciones que les han ocurrido ú oido hacer á otros.

No buscar los adornos del estilo.

20. No tenga nada de afectado el estilo de nuestros predicadores, ni busquen la elegancia de las expresiones: el deseo de adquirir la belleza del estilo no los familiarice con la lectura de ciertos libros que huelen algo al siglo y pueden perjudicar á los adelantamientos de la vida espiritual.

Evitar la lisonja.

21. Eviten toda especie de lisonja y toda exageracion en las alabanzas y vituperaciones.

De la accion y de la voz.

22. No sea su accion irregular, notándose constantemente una gravedad religiosa: la voz sea siempre acomodada á las cosas que traten, y asi cuiden de no levantarla ó bajarla extraordinariamente sin motivo suficiente.

Duracion del sermón.

23. Sus discursos no duren mas de una hora.

Comida frugal.

24. Cuando prediquen en un lugar donde no haya colegio de la compañía, han de comer en un paraje decente para un religioso, y si puede ser en casa de un eclesiástico. Su comida ha de ser sobria y frugal, como conviene á religiosos.



SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.



TRATADO DE SAN FRANCISCO DE BORJA SOBRE EL MODO DE PREDICAR.

Observaciones preliminares.

S. Francisco de Borja fue tan distinguido por su rara prudencia como por su eminente santidad; y esto es lo que da tanto precio á las instrucciones que nos ha dejado sobre la predicacion, porque este oficio del santo ministerio no requiere solamente ciencia y piedad, sino tambien suma prudencia: constituye una parte esencial del gobierno de las almas, que es el arte de las artes, *ars artium regimen animarum*, como dijo con tanta verdad S. Gregorio el Grande. Y lo que aumenta todavia el valor de las instrucciones de este santo, es que tenia gran conocimiento de los hombres. Habia vivido mucho tiempo en el mundo antes de tomar el estado religioso, y gobernado con una prudencia admirable el ducado de Gandta de que era poseedor, y el vireinato de Cataluña á nombre del emperador Carlos V.

Prudencia de San Francisco de Borja.

Su conocimiento del corazón humano.

Cuando conoció S. Francisco que Dios le llamaba á la compañía de Jesus, se lo escribió á S. Ignacio que era el general. El santo en su respuesta alabó la

Reglas que le da S. Ignacio para el es-

estudio de la teología.

fidelidad de Borja en seguir la vocacion del cielo, y le trazó las reglas que debia observar hasta que sus negocios le permitieran abandonar totalmente el mundo. Véase cómo le habla respecto del estudio de la teología:

«Supuesto que tan adelantado estais ya en las ciencias, no podeis hacer mejor uso que consagrarlas á Dios levantando sobre este cimientto humano el edificio sagrado de la teología. Deseo mucho que os apliqueis á ella con todo conato, porque espero que Dios saque su gloria de ahí, y quisiera tambien si fuera posible que os graduaseis de doctor en vuestra universidad de Gandía (1).»

Cómo ejecutó San Francisco de Borja los consejos de san Ignacio.

Para seguir S. Francisco estos consejos se retiró cerca de su colegio á un aposento que habia mandado construir de intento. Allí estudiaba asiduamente la sagrada escritura, la teología escolástica, los escritos de los santos padres y los cánones de los concilios. Veíase con admiracion á aquel duque, grande de España y privado del emperador, asistir con regularidad á las lecciones de sus profesores, consultar humildemente todas las dificultades que encontraba, responder en el aula y sostener tesis públicas para estampar mejor en su mente lo que habia aprendido, y en una palabra no omitir ningun medio de cuantos ponen los estudiantes en las escuelas para aprovechar las lecciones de los maestros.

Junta al estudio de la teología escolástica el de la ascética.

Mientras que nuestro santo estudiaba á fondo la teología escolástica, defendía tesis sobre las cuestiones mas difíciles, en que su profundo saber admiraba á los mas doctos, y se sujetaba á todos los exámenes y pruebas para tomar la borla de doctor por no

(1) Vida de S. Francisco de Borja por el P. Antonio Verjus, jesuita.

querer gozar el menor privilegio; no descuidaba aquella parte de la teología llamada ascética, cuyo objeto es la vida espiritual é interior. Sabía que la teología escolástica, estudiada como debe estudiarla un hombre piadoso, es el fundamento de la ascética: así sus estudios teológicos eran el apoyo de su oracion y le servian para penetrar mejor en los secretos de la vida espiritual. Para reducir la teología escolástica á ascética su piedad ingeniosa habia puesto en forma de letanías y aspiraciones á Dios toda la primera parte de la suma de santo Tomas. Tenia otros varios arbitrios semejantes para santificar su trabajo y sostener su devocion: así se fortalecia contra el estudio seco y árido de la teología escolástica, en que acostumbrándose el alma á considerar nuestros santos misterios de un modo puramente especulativo correria riesgo de volverse casi insensible á ellos.

Concluidos sus estudios recibió el orden sacerdotal, y el día que dijo la segunda misa (la primera la habia dicho en la capilla de Loyola), viendo que asistia innumerable pueblo, se volvió á ellos y les dirigió un discurso tan tierno que todos los que le oian se deshacian en lágrimas. Los que no podian oírle por estar á demasiada distancia del púlpito, no dejaban de llorar como los otros; y cuando les preguntaban la razon respondian aquellas buenas gentes que estaban arrepentidos de sus pecados y movidos del deseo de enmendar su vida viendo á aquel santo predicador, y que el amor de Dios pintado en el semblante y en todas las acciones de él les hacia una impresion que llegaba hasta lo íntimo del corazon.

Sermon que dijo despues de su segunda misa.

Iba con muchísima frecuencia al campo con una campanilla en la mano llamando á los niños para enseñarles la doctrina cristiana. Pero no eran los niños solos los que le seguian, sino que sus padres y otras

Enseña la doctrina cristiana.

personas de toda edad acudian al sonido de la campanilla para oír al santo varón á quien llamaban *el hombre bajado del cielo*, y escuchaban sus palabras como si efectivamente hubieran sido oráculos celestiales y divinos.

El santo los instruía con el mayor zelo, y ponía su principal conato en acomodar las lecciones á la capacidad de sus oyentes. Sin arredrarse jamás por la rudeza de los unos ni por la frivolidad de los otros no se cansaba de repetirles las verdades de la religión y preguntarlos sobre cada una para grabarselas mas en la memoria. Se alegraba de enseñar á los pobres campesinos á quienes hallaba mas dóciles y dispuestos á oír las máximas santas del Evangelio, que á los habitantes de la ciudad y los cortesanos cuyo corazón está de ordinario mas apegado á la tierra por las riquezas que poseen.

Predica en Valladolid con maravilloso fruto.

Sin embargo no descuidaba la salvación de estos últimos; al contrario trabajaba en ella con un zelo siempre nuevo, y Dios se sirvió á veces derramar las mas copiosas bendiciones sobre sus afanes. Así se vió particularmente en Valladolid, que fue uno de los pueblos donde el santo predicó mas á menudo. La corte y la ciudad acudian con anhelo á oír sus sermones. Como él habia vivido en medio del mundo y le conocía perfectamente, hacia una pintura tan admirable de sus peligros y combatía sus desórdenes en unos discursos tan vigorosos, que todos quedaban conmovidos. Preguntábase de dónde podia venir una elocuencia tan persuasiva, tan sólida y tan llena de erudición eclesiástica en un hombre que habia pasado toda su vida en la corte ó en elevados cargos; y se aumentaba la admiración de todos respecto de él cuando sabian lo que se habia afanado por espacio de muchos años para prepararse á un ejercicio tan diverso de su primera pro-

fesión. Pero lo que daba sobre todo una virtud maravillosa á sus palabras, era el ejemplo de su vida. Se vió á algunos señores distinguidos de la corte tan convertidos con sus sermones, que desde entonces empezaron á hacer una vida enteramente cristiana, y cuando se les preguntaba la razón, respondían que las virtudes del padre Francisco, sus austeridades y su humildad quitaban todo pretexto á la cobardía, y que nadie podia negarse á hacer lo que pedia supuesto que él hacia mucho mas.

Habia en Valladolid una señora de la primera distinción prendada de los atractivos del mundo, en el que nadie brillaba mas que ella por las gracias de la juventud, extraordinaria hermosura y galas exquisitas. Un dia quiso asistir al sermón del padre Francisco, cuya fama volaba de boca en boca, y quedó tan convertida, que desde el punto que volvió á su casa se quitó todos los vanos adornos, se cortó los cabellos, tomó un traje sencillo y modesto, y fue desde entonces ejemplo de piedad y cordura como antes lo habia sido de ostentación y frivolidad. Se consagró enteramente á los ejercicios piadosos y caritativos, y despues de la muerte de su marido fundó un monasterio de religiosas en el que estableció muy estrecha observancia: allí se retiró y acabó santamente sus dias. Este hecho no es mas que un ejemplo de las innumerables y sorprendentes conversiones que el padre Francisco de Borja produjo con sus sermones. No bastarian abultados volúmenes, dice el autor de su vida, si yo quisiera referir en particular todas las maravillas que obró Dios por los discursos de su siervo, todas las enemistades y odios irreconciliables, todos los pleitos y escándalos públicos de que limpió la corte, en fin todas las personas que atrajo á una vida nueva y verdaderamente cristiana; muchas de ellas renunciaron del todo al

Conversion notable de una señora de la corte.

mundo para consagrarse á Dios en fervorosos monasterios.

Método del santo para persuadir.

Su gran máxima era que el predicador debe estar bien penetrado de lo que dice, para que su corazón sea el que hable al corazón de los oyentes. Así es que en sus discursos no se veía nada afectado, nada que sorprendiese ó pareciese estudiado, nada que aficionase el ánimo del oyente á la disposición y elección de las palabras mas bien que al sentido de ellas. Persuadía y movía tanto mas, cuanto menos procuraba agradar; y al contrario parecía que cierta noble negligencia que no tenía nada de inculto, lejos de disminuir el vigor de su elocuencia contribuía á las victorias que alcanzaba de los pecadores mas empedernidos. Todo su fin era dar á conocer y hacer amar á Jesucristo crucificado y mover á todo el mundo á imitarle. Como los oyentes estaban seguros que no tenía otra mira, y que todo lo que decía propendía á este fin; no buscaban otra cosa al ir á oírle, tan persuadidos de que este era el efecto ordinario de sus sermones, que el querer asistir á ellos era querer convertirse.

Su discurso era nervioso, y se sostenía por un enlace de raciocinios tan convincentes y plausibles, que había costumbre de decir que era necesario rendirse á cuanto decía á no renunciar á la razón. Su moral era austera; pero templaba esta austeridad con una caridad tan ardiente y animada de un amor tan tierno de la salvación de aquellos á quienes hablaba, que la cosas mas difíciles y duras venían á ser fáciles y suaves para los que le escuchaban. Pero lo que daba maravillosa fuerza á sus razones y afectos era cierto uso devoto y persuasivo de la sagrada escritura, la cual empleaba con tanto acierto que no parecía sino que el Espíritu Santo hablaba por su boca y le

inspiraba todavía aquellas mismas palabras que había inspirado en otro tiempo á los profetas ó á los apóstoles. Verdad es que los libros santos fueron siempre su estudio predilecto.

Habiendo sido promovido á la dignidad de general de la compañía de Jesús por su eminente mérito, fue uno de sus mayores cuidados formar bien á los jesuitas jóvenes que estaban destinados al ministerio de la predicación. Los hacía considerar sus estudios como consagrados de un modo particular á la gloria de Dios, no solo porque debían servirles para alcanzar un conocimiento mas grande de Dios y de sus divinas perfecciones, sino también porque les eran necesarios para el buen logro de todos los afanes que se toma la compañía para dilatar el reino de Jesucristo.

Su diligencia para formar los jesuitas jóvenes destinados á la predicación.

Mas no solamente les aconsejaba que tuviesen esta mira en general: quería también que en todos sus estudios prevaleciese este espíritu; y se ve por sus cartas que nunca les recomendaba el adelantamiento en las ciencias sin hacerlos conocer al mismo tiempo la necesidad de adelantar todavía mas en la virtud. «La doctrina, les decía, debe servir á la piedad, y la piedad debe perfeccionar la doctrina. La virtud sin ciencia no es la virtud de un hombre llamado por Jesucristo á salvar las almas rescatadas con su sangre; pero la ciencia sin la virtud, bien lejos de ser una cualidad laudable y ventajosa en un sacerdote, tiene algo de monstruoso á los ojos de Dios y de los hombres. No hay nada que tanto nos desvie de la perfección á que debemos encaminarnos en nuestro estado, como un estudio árido y estéril que se hiciese por la propia satisfacción y gloria de uno, y en que se buscase otra cosa que la gloria de Dios. Es menester persuadirnos bien que el estudio de la virtud y el estudio de las ciencias deben ser entre

Les recomienda el adelantamiento en la virtud y en la ciencia.

nosotros como dos hermanos inseparables, que lejos de entorpecerse y perjudicarse uno á otro pueden auxiliarse mutuamente en todo, cuando se sabe ponerlos en armonía. Tenemos un ejemplo insigne de esta union en la persona del P. Santiago Lainez de feliz memoria, que sobresalió en todas las virtudes; pero que fue principalmente admirable por el cuidado constante que tuvo toda su vida de reunir á una gran doctrina una devocion tierna, una humildad profunda y una ardiente caridad.»

El santo no se limitó á estas instrucciones generales dadas en sus cartas particulares, sino que puso en manos de sus religiosos el excelente tratado sobre el modo de predicar. Creese que su intencion en esta obra fue dirigir á los predicadores nuevos: este á lo menos es el sentir de Godescardo (1), quien juzga que el tratado *de ratione concionandi* fue uno de los últimos opúsculos de nuestro santo. Al contrario Alegambis parece que dice que le compuso antes de ser promovido al sacerdocio (2). Quizás pudieran conciliarse ambas opiniones diciendo que S. Francisco de Borja, cuando todavía no era sacerdote compuso este tratado como regla que se proponia seguir, y cuando fue general de la compañía le usó para instruccion de los novicios de la misma.

Diferentes ediciones del tratado del santo sobre el método de predicar.

Como quiera, lo cierto es, que S. Francisco de Borja escribió esta obra en español, y que se publicó primeramente en esta lengua. Luego la tradujo en latin el P. Andres Schott, jesuita flamenco, que la puso al fin de una vida del santo traducida tambien del idioma latino é impresa en Amberes el año 1598.

(1) Vidas de los santos 10 de octubre.

(2) *Bibliotheca scriptorum societatis Jesu*, art. Franciscus Borgia.

El P. Binsfeld, jesuita, la insertó asimismo en latin en la obra impresa en Douny bajo el título de *Enchiridion theologiae pastoralis*, cuya tercera edicion es del año 1632. Finalmente se halla en la hermosa edicion latina en folio de las obras de S. Francisco de Borja, que sacó á luz en Amberes D. Francisco de Borja, pariente del santo, en el año 1675.

En el de 1672 dió el P. Verjus, jesuita, una vida de nuestro santo, y en ella se halla un resumen de las reglas principales contenidas en el tratado sobre el método de predicar. Nos ha sorprendido muchísimo ver allí varias reflexiones importantes que no se encuentran en el texto latino. ¿Tenia el P. Verjus á la vista una edicion española mas extensa, ó bien juzgó conveniente ingerir en su resumen algunas instrucciones sacadas de las cartas del santo? Esto es lo que no hemos podido comprobar; pero para no perder ninguna de las preciosas lecciones de S. Francisco de Borja hemos puesto en nuestra traduccion todas las instrucciones añadidas en el compendio del P. Verjus. Asi no extrañarán nuestros lectores hallar aqui varios trozos que buscarian inutilmente en el texto latino de la edicion de Amberes de 1675.